

Todos los cuentos el cuento

Juanjo Conti

Edición automática, 2014.

Todos los cuentos el cuento lleva la licencia *Creative Commons Attribution - NonCommercial - ShareAlike 3.0 Unported License*. Esto significa que podés compartir esta obra y crear obras derivadas mencionando al autor, pero no hacer un uso comercial de ella.

Más información sobre este libro:

<http://www.juanjoconti.com.ar/cuentos5>

Más libros del autor:

<http://www.juanjoconti.com.ar/libros>

Santa Furia
está dedicado a...

Índice

25	9
Encuentro dominical	11
Los eternos	15
Sobre la existencia de los fantasmas	17
Mameluco	21
El asado de los Reyes	23
El hombre que soñó con su gato	33
Naranjas para don Bordesio	35
Banco	39
Jazmín y vainilla	41
El primer romántico	43
Barba	47

Joel	49
¿Qué comemos hoy?	51
Bermellón	53
La caja	57
Santa Furia	61
Cocción de un huevo	67
La convención	69
Se despertó	71
Dos palabras	73
La nenita	75
Vidas	77
El departamento	79
Libros marcados	81

25

Después de una larga noche de trabajo, el viejo volvió a su casa, miró bajo el arbolito y no encontró ningún regalo. Arrastrando las pesadas botas negras caminó hasta el sillón y se dejó caer. Se sacó el gorro rojo y lo dejó sobre la mesita ratona. El pompón blanco colgaba.

Encuentro dominical

Estábamos sentados detrás de otro matrimonio joven. Una mujer, su marido y una niña que había convertido el banco en una mesa de jardín de infantes. Había desplegado sobre la madera tres libros para colorear, una caja de fibrones y muchos lápices de colores. El sacerdote hablaba de forma monótona y afónica por lo que no me costó esfuerzo dejar de prestarle atención y distraerme con las actividades plásticas de la pequeña niña. Se esforzaba, aunque sin lograr su cometido, por pintar dentro de las líneas negras. Me daba gracia.

En un momento dado, se le cayó un fibrón rosado que luego de rebotar por los mosaicos se detuvo contra mi zapato. Me agaché, lo tomé y lo deposité sobre uno de sus cuadernos. La niña me sonrió y noté que la madre, sin darse vuelta, le dijo algo así como: agradecele al señor.

La niña no dijo nada pero me volvió a sonreír. Noté cierta familiaridad en su rostro, en sus gestos, pero en ese momento no supe a quién me recordaba. Sus cabellos eran rubios, con un brillo rojizo, los ojos grandes y curiosos y su piel blanca en extremo. Era una niña muy hermosa. La observé seguir peleando con las figuras de líneas negras que se esforzaban por enseñarle el concepto de límite, y observé como su manita de mariposa las sobrevolaba rebasándolas de color. Un perro

verde, un auto pintado de rosado y amarillo, una flor completamente azul. La niña pintaba, abstraída del mundo que la rodeaba, sin que las líneas ni la realidad la limiten.

Cuando quiso tapar uno de los fibrones, el tapón se zafó y se escapó por debajo del banco. La niña se arrodilló para buscarlo pero no lo encontró. Me miró como pidiendo ayuda, pero yo estaba ocupado en una de las partes del rito, sentado en mi asiento. La miró a la madre e intentó reclamar atención con unos sonidos que esta acalló con un dedo índice sobre su pequeña boca. Buscó, entonces, refugio en la pierna del padre, a la que se abrazó como un koala a un eucalipto. Tampoco obtuvo mayor respuesta. Volvió cabizbaja a su puesto de dibujo y me miró nuevamente. Cómplice. En ese momento la liturgia indicaba que me tenía que parar. Desde la altura pude ver a dónde había ido a parar el tapón del fibrón. Di unos pasos al costado y lo levanté de atrás de la pata del pesado banco de madera. Como hiciera antes con el fibrón, coloqué con delicadeza, intentando no hacer ruido, el capuchón sobre uno de los libros abiertos.

Los minutos pasaron. Estaba concentrado en el peinado de la niña, una media cola algo desprolija y una trenza casera, cuando el sacerdote anunció: Ahora, hermanos, nos damos fraternalmente el saludo de la paz.

Me incliné hacia mi esposa y la saludé. La paz sea contigo. Con tu espíritu, me contestó. Me dí vuelta y estreché la mano de un anciano que estaba en el banco de atrás. Mucha paz, me dijo la señora que estaba a su lado y me estrujó con sus dos manos la que yo le tendí.

Y entonces aconteció. La mujer del banco de adelante se

dió vuelta y sorprendida me clavó los puñales de esmeralda que eran sus ojos verdes. Detuvo el envión de su cuerpo que se acercaba a besarme y se limita a extenderme, rígida, su mano. Su marido, ajeno a nuestro intercambio de miradas, también me la estrechó.

Entonces volví a mirar a la niña junto a su madre de espaldas. Sus ojos eran un par de esferas tornasoladas y en ellos lo vi todo.

Vi una noche cinco años atrás. Vi un bar de estudiantes con una moza sirviendo las mesas. Vi muchas bebidas llegando a la nuestra. A la hora del cierre la moza me invitó a su departamento. Me vi despertar pasado el mediodía entre sábanas húmedas y un olor agrio. Me dolía la cabeza. Tenía 23 llamadas perdidas de mi novia en el celular. Me vi vestirme e irme. Me vi manejar hasta su casa y escucharla gritar. Los insultos entre lágrimas y la amenaza de suspender el casamiento. Vi a la madre de la niña llamándome por teléfono tres meses después de aquella noche, y seis, y nueve. Después no volvió a llamar. La vi cinco años después, ese domingo en que se dio vuelta en el medio de la misa. Sentí vértigo y lloré.

Demos gracias al Señor. Podemos ir en paz.

La madre alzó a su niña, como protegiéndola de mi mirada, y se la llevó. Yo me debatía entre salirme de las rayas negras que me había pintado la vida o mantenerme dentro de la figura.

Me ganó la impotencia, o el aturdimiento, o la cobardía.

Los eternos

La primera vez que nos tocamos fue hace más de quinientos años en una playa en San Salvador, aunque ella llamaba al lugar *Guanahaní*. Se ocultó detrás de unas rocas sobre la arena cuando vio que una multitud de seres extraños salíamos del agua gritando y empujándonos. Los temores del viaje, las enfermedades, el hambre y el recuerdo de los que habíamos dejado en el mar fueron un catalizador que entró en acción cuando uno de nosotros gritó «Tierra».

Sobre la existencia de los fantasmas

Les voy a contar una historia. Es para los que no creen en fantasmas.

Una noche de verano, cuando yo tenía 15 años, salimos con dos amigos en mi pueblo, como hacíamos todos los sábados. Nos estábamos entusiasmando con el alcohol, por lo que el plan era sentarse en la mesa de un bar a ver quién aguantaba más. No queríamos ir a alguno de los bares de la calle principal porque siempre encontrábamos a algún amigo de nuestros padres y temíamos que nos delate. La cobardía, entonces, nos llevó a rumbar por barrios con calles menos asfaltadas y luminosas.

Hicimos base en un sucucho de calle Mazzini llegando a la ruta conocido como «el bar de Alemandri» y, como empezaba a llover, nos mandamos para una de las mesas del fondo, adentro. Mis laderos pidieron un porrón para compartir y yo, que no había aprendido a disfrutar de la amargura de la cerveza, pedí un «aperitivo» (en casa solía tomar un dedo de Gancia rebajado con soda). En esa ocasión, el mozo me sirvió un vaso repleto de Cinzano y a su costado clavó un pequeño sifón de soda con el que (según parecía, así era el ritual) tendría que ir

completando a medida que tomaba. Recuerdo que le pregunté a ese viejo flaco si eso se tomaba puro y, después de reírse de mí con ganas, dijo que así lo tomaban los hombres. Mis amigos se descostillaban a carcajadas.

No había tomado dos dedos del brebaje, y ya había pasado una hora desde nuestra llegada, cuando la puerta del boliche se abrió por la fuerza del viento. Uno de los parroquianos se levantó a cerrarla pero, cuando estaba por hacerlo, un pie se lo impidió. Al pie lo seguía el ser más desagradable que hasta ese momento había visto en mi vida. Habrá tenido unos sesenta y cinco años, lucía ropa vieja, o sucia, no se, tenía el pelo largo, la piel se le veía grasosa y sus dientes estaban todos podridos. Se sentó en una mesa y pidió caña Legui. Entre los que nos miramos confirmamos que no era de por allí.

Volvimos a nuestra charla sobre fútbol; el mono Navarro Montoya acababa de hacer una atajada espectacular en el único televisor del antro. Era una repetición de unos años atrás pero la estábamos siguiendo como si fuese en vivo.

Nos volvimos a percatar de su presencia cuando escuchamos los gritos. El forastero se había trezado con el dueño del bar en una acalorada discusión sobre la existencia de los fantasmas. Lo escuché a Alemandri contar la historia de una tapera en un campo cercano:

—Todos los domingos a la noche se escucha el chirrido de una soga bajando un balde en el aljibe. Lo curioso es que en ese campo ya no hay aljibe, sino bombas eléctricas. Una familia, que trabajaba en ese campo y vivía en la tapera, contó que, tras oír los ruidos, salieron a la noche y con una linterna vieron a un hombre ataviado con ropas del 1800 sacando agua

con un balde de madera. A su lado, una mujer, supuestamente su esposa, lavaba la ropa y la colgaba para que se seque.

El forastero bufó con ganas, para que lo escuchen.

—¿Cómo pueden creer esos cuentos?

—Ningún cuento, señor —Y Alemandri pronunció con desdén la palabra «señor»—. Esto que relato me lo contó un primo mío, vecino del campo donde aparecen las ánimas. Le digo más, en una ocasión llegaron al pueblo dos misioneros. La tapera estaba desocupada y el dueño se las ofreció para pasar la noche. Era domingo. A la madrugada encontraron a los hombres de Dios en la ruta haciendo dedo para irse.

—Habladurías —dijo el forastero e hizo un gesto con la mano en el aire, como tratando de tumbar una mosca inexistente, para, con la mímica, restarle validez a la historia que el otro contaba.

Entonces el duelo, que hasta entonces era solo de vozarrones, se convirtió también en un duelo de gestos.

—Escuchame, sabandija —Y mientras hablaba, el dueño del boliche, que había dejado de tratarlo de usted, sacudía el dedo índice como quien sacude la fusta antes de pegarle al caballo—. Vos no vas a venir a mi establecimiento a decirme qué es verdad y qué no.

Luego el sabandija lo apuntó con la pera.

—Me imagino, entonces, que si tu primo es vecino ya habrás ido a la tapera un domingo a la noche a ver a los fantasmas.

El cantinero enmudeció primero y tartamudeó después.

—Bueno... es que yo los domingos a la noche tengo el boliche repleto y una excursión paranormal es un lujo que no

me puedo permitir. Además... además... esos de aquella mesa también lo vieron. Fueron en camioneta a cazar palomas al monte que está atrás de la tapera. Se les hizo la noche y cuando volvían caminando vieron la escena. Nomás decir que dejaron la camioneta y volvieron al pueblo corriendo.

Los dos de la esquina asintieron en silencio y ahora sí, Alemandri recuperó el color, sacó pecho y empezó a mover la cabeza esperando que el pelilargo, el aceitoso, el de los dientes podridos, responda. No lo hizo. El ganador de aquella discusión volvió a tomar la palabra.

—Entonces, ¿usted no cree en los fantasmas?

—Yo no, dijo el forastero —Y tomando el último trago de caña, se evaporó ante nuestros ojos.

Mameluco

El gerente de ventas y la secretaria ejecutiva entran de un portazo en el baño de hombres y cierran con traba. Son más de la seis de la tarde y no queda nadie en todo el piso. Se besan, se tocan, desconocidos, impacientes. El silencio en la oficina es total. Exceptuando, por supuesto, el zumbido de las computadoras, siempre presente, que ellos ya no escuchan. Ya nadie lo escucha.

Los botones de la blusa blanca de la secretaria saltan y rebotan en el piso que terminó de trapear. Uno llega hasta mi bota izquierda y yo sigo aguantando la respiración, quieto, tratando de mimetizarme con mi mameluco marrón contra la pared.

El asado de los Reyes

En Argentina comemos asado. Con carbón o con leña. En asador o sobre el piso. En el campo o en un balcón. Prendiendo el fuego sobre la parrilla o a un costado. Jugoso o seco suela. Pinchando o no los chorizos. Mareando la carne o vuelta y vuelta. Matambre enrollado o desplegado. Sólo sal o chimichurri ancestral. A fuego lento o arrebatado.

En la casa de los Reyes, los domingos al mediodía se come asado. No importa si llueve torrencialmente o si hace tanto calor como para freír un huevo en la vereda. Hoy no es la excepción. Doménico, el padre, arranca con el ritual a las 10 de la mañana. Después de compartir una pava de mates con su esposa Matilde, sale al patio y limpia el asador que todavía aloja las cenizas de la última batalla. Junta todos los restos prolijamente en un balde y los deja a un costado. Pone una bolsa de carbón sobre la parrilla y un bollito de papel abajo. Rocía generosamente con alcohol, da un paso hacia atrás, enciende un fósforo y lo lanza, con tanta gracia como sus dedos de morcilla le permiten, hacia la empapada bolsa que ahí nomás hace una explosión y empieza a arder como político en el infierno. Le hace un poco de viento, la sopla, va reemplazando los bollitos de diario a medida que el fuego los devora y vuelve a hacer viento. Los diarios son del 86 y mientras los

usa (ya sea como bollo de combustión o como agitador de aire) no puede dejar de leer y divertirse con las propagandas de casi un cuarto de siglo atrás.

Las brasas ya son rojo entraña y los pedazos más chicos caen entre los barrotes. Con una pinza parrillera hace a un lado los más grandes para que se sigan transformando. Asoma la palma de la mano sobre la retícula metálica e intenta contar diez segundos. No lo logra. La temperatura justa. Distribuye, como quien juega al TEG, los pedazos rebosantes de sal gruesa y una corona de chorizos. Las costillas, por supuesto, con el hueso hacia abajo.

Cada pieza está jugando el rol que le toca y Doménico decide que es momento de coronar ese esfuerzo, esa obra (casi) ingenieril refrescando el *garguero*. Se mete en la casa y camina hacia la cocina a prepararse un vaso de Gancia bien helado mientras le echa una mirada al televisor donde se ve la última vuelta del TC.

Su hija lo encuentra con el meñique levantado y el belfo estirado a punto de beber. Reina Reyes (los padres no habían escatimado humor al ponerle el nombre) le anuncia que su flamante novio vendrá a comer. El padre no se alarma, con 18 años, la nena ya está en edad de ser festejada y hace años que se viene preparando para ese momento. Sin embargo, algo en la mirada de su unigénita le despierta una sospecha. Sin esperar la bandera a cuadros, regresa a la parrilla.

Una veintena de minutos más tarde, la incógnita se revela. El susodicho hace su entrada triunfal y camina hasta el asador donde el patriarca de la familia lo espera apostado contra la pared y sosteniendo el vaso para mantener el equilibrio. Cier-

to miedo y respeto se le nota al muchacho en la cara. Mientras le sacude la mano con una sonrisa de oreja a oreja y lanza una mirada curiosa a la parrilla, le confiesa a Doménico que es vegetariano. Ovolactovegetariano es en realidad el término que utiliza el proyecto de yerno. Explica que su dieta es bastante variada, come verduras, huevos y derivados de la leche. Doménico piensa que es uno esos que se comen la comida de su comida. El muchacho vuelve a mirar la parrilla, esta vez apuntando con los ojos a unos tentadores pimientos rojos cortados al medio dentro de los cuales se está terminando de cocinar una mezcla de queso y huevo.

Reina los deja para que charlen y se va con su madre a preparar las ensaladas. Una de lechuga, tomate y cebolla, la preferida de su padre, y una de papas con mayonesa, para que el pretendiente no pase hambre.

Doménico comienza con su tarea de interrogar un poco al muchacho. Le pregunta primero por sus padres esperando encontrar algún tipo de linaje que le dé a entender que no está en presencia de un vago. La respuesta no lo deja muy contento. De la explicación que el muchacho da, él saca una conclusión: *hippies*. Ante la pregunta sobre sus estudios, el muchacho comienza con un elaborado discurso sobre la vocación mezclado con la opresión de los pueblos y el yugo de la burguesía para finalmente decir que comenzó tres carreras y no terminó ninguna. Pero ojo, promete que para el año que viene comenzará el profesorado de música y esta vez está casi seguro que la decisión es acertada. «Definitivamente, un vago», piensa Doménico que esperaba algo más tradicional.

Con la esperanza de que el cambio de tema a un terreno

más neutral pueda sacarle esa sensación de acidez en el estómago, hace un comentario sobre el superclásico que aconteció la jornada anterior, a la vez que manifiesta la falta de productos de gallina que le falta a los millonarios. Tal vez mezclando algo de lo que come el chico con una pasión argentina, se pueda llevar adelante una mejor charla. El chico, que ya se dio cuenta que la cosa no va muy bien pero es constestatorio y no puede parar, le confiesa que no le gusta el fútbol. La sensación de acidez de Doménico aumenta. Aprieta las mandíbulas de tal forma que podría romper almendras con cáscara, pero intenta relajarse. Es domingo, el día está soleado y la parrilla está provista de delicias. Fantasea con que el muchacho es circunstancial, al fin de cuentas, es el primero que le traen a casa.

Reina mira por la ventana y ve el rictus de su padre sin preocuparse mucho, sabe que a él no le caerá bien ninguno por algún tiempo. No es que piense que éste es el amor de su vida, por lo pronto es el amor de este trimestre, pero no es tan casual como para no llevarlo a casa. Quizás la relación pueda prosperar.

A la madre de Reina se la ve realmente ocupada buscando los platos y vasos de fiesta. Rápidamente quita el mantel que estaba puesto en la mesa del comedor salpicado por manchitas de salsa de la noche anterior, para poner el bordado de la abuela, parte de su ajuar de bodas y solo usado para ocasiones especiales. Los platos de cerámica blancos con los cubiertos ornamentados tienen la misma procedencia y el mismo fin.

Doménico elude la pregunta de si las uvas que da la parrá sirven para hacer vino y entra a buscar el chimichurri. Al

encontrar la mesa tan bien dispuesta se da cuenta que se ha pergeñado una especie de pacto entre madre e hija. La mujer, que lo conoce, al ver su cara le suelta un «tratalo bien», obteniendo como respuesta solo un gruñido. Toma lo que fue a buscar y vuelve a salir.

Con el chimichurri en la mano izquierda y una cuchara en la derecha, comienza a distribuir el preparado en lugares estratégicos en los que sabe se mantendrá y no caera a las brasas.

—Disculpe —se escucha decir al chico—, pero... ¿esa carne no tiene mucha grasa?

«Qué sabrá este pibe sobre carne si come pasto», piensa Doménico, pero le contesta bien y comienza a explicarle sobre la necesidad de que la carne tenga grasa en pos de un mejor sabor. Comienza con la teoría de la carne marmolada para ciertos cortes y el manto para otros. Su experiencia en el frigorífico durante veinticinco años le ha dado un conocimiento muy fino en cuanto a cómo tiene que terminar diseccionado un animal según su peso, tamaño y hasta alimentación para así obtener los cortes con la cantidad justa de carne y grasa para que se obtenga el mayor placer al comerlos. Se emociona contando, esgrime la cuchara que uso para el *chimi* contando cómo se corta la media res para aprovechar la pieza, dibuja en el aire los trazos que se tienen que dar recordando el proceso que realizó durante tanto tiempo. La cara del muchacho se transforma. Un gesto de asco se le planta donde venía manteniendo una sonrisa incómoda.

—¡No sabía que usted era un asesino de animalitos!— grita con voz aguda.

—¿Asesino? —pregunta domenico— Estos bichos fueron puestos en la tierra por el Señor para que nosotros los comamos.

—Mire, me parece muy asqueroso que la gente coma carne, pero más asqueroso me parece que haya personas que maten animales indefensos para alimentarse habiendo tanta comida disponible en el reino vegetal.

Doménico ya esta bastante molesto, una cosa es que le quiera robar a su hija, que no coma carne, que no le guste el fútbol, ¿pero llamarlo asesino?

—Escuchame pibe, para ser la primera vez que venís a mi casa, te estás pasando de la raya.

El muchacho no se amedrenta, lo considera una persona del sistema que solo ha hecho lo que el sistema le ha pedido y que no tiene la suficiente capacidad para darse cuenta de su error.

En cambio, Doménico, piensa cómo hacer para sacarle el hígado con la cuchara.

—A ver pibe... —y se interrumpe. No vale la pena. Media vuelta y sigue con su labor de saborizar la carne.

En la cocina ya están listas las ensaladas y la mesa está puesta como para navidad. Matilde mira a su hija con cara de felicidad. Siente que si ha confiado en traer al muchacho a casa es porque el criterio de Reina le permite saber que es un buen candidato.

—Mira que bien que se llevan— le dice a Reina.

—Si, veo que están charlando bastante. Espero que papá no le diga nada raro.

—No, tu padre es un gruñón, pero no muerde.

En el patio el muchacho no se queda con el diálogo cortado y comienza a hablar sobre su relación con Reina. Indica que la «quiere mucho» y que ya están haciendo planes para el futuro.

Doménico no está tan seguro y mientras el pibe sigue hablando, se queda pensando en la discusión anterior. Entonces se le ocurre mostrarle lo que tiene en el cuartito del fondo. Medio en broma y medio para mostrarle de qué hablaba. Le pide que lo acompañe hasta el fondo, a unos quince metros de la parrilla donde aquel terreno de barrio que ocupa buena parte de la manzana hace una L.

Abre la puerta del cuartito, corre una cortina de plástico transparente que sirve para que no entren las moscas ni el polvo y prende la bombilla de 75 que cuelga del techo con un portalámparas y le hace señas para que entre.

En el fondo del cuartito, con piso de cerámico y paredes con azulejos blancos hasta el techo, se puede ver un banco de madera con una máquina para hacer chorizos. En la pared hay un cuelga-herramientas improvisado donde se puede ver una serie de cuchillos bien limpios y afilados. Un fuenton de metal grande está apoyado contra la pared y al costado del banco un freezer de 410 litros que sirve para guardar los productos elaborados por Doménico. Una sierra de carnicero sin fin está en el otro lado del banco de madera. Del techo, y con ganchos, cuelgan chorizos y morcillas caseros que fueron hechos en la mañana.

La cara de espanto del muchacho pone contento a Doménico. Lo mira con ojos bien abiertos y le espeta un «¡anima!».

Domenico comienza a reír. El muchacho retrocede un pa-

so y le habla muy enojado.

—Que bueno que Reina se hizo vegetariana como yo. Cuando el mes que viene le pida que nos vayamos a vivir juntos, no tendrá que pasar más por esto.

Ardor, reflujo y latido en las sienes. Doménico no piensa, actúa por instinto. Este vago se quiere llevar a su nena y encima de todo ¿la hizo comepasto?

Su mano derecha, con voluntad propia, agarra la cuchilla chanchera y, rápidamente, con un hábil movimiento, se la clava en el cuello. El sonido que hace el muchacho es muy similar al de los cerdos, así que la herramienta utilizada fue bien elegida. Se puede sentir el olor a sangre fresca que cae al piso.

En solo diez segundos, ya no habría más «vago comepasto ladron de hijas».

Al principio, Doménico siente placer. Para él, el problema está resuelto. Pero ahora tiene otro problema. Qué hacer con el chico.

Mira la sierra sin fin, mira al chico, vuelve a mirar la sierra y la prende. Le saca toda la ropa para que no se enganche y comienza a cortar. Primero de forma transversal a la altura de los hombros para separar las extremidades por las articulaciones.

Luego continúa con las piernas. Las cuatro extremidades quedan apiladas en el banco.

La cabeza es la siguiente y termina directamente en el freezer. No quiere ver esa cara por un tiempo.

Cuelga el torso de un gancho y pone el fuenton debajo para que cuando le abra el vientre, las tripas caigan directamente

allí.

Rescata algunos órganos como el hígado y los riñones y los pone en una bandeja aparte. Quita el corazón y todos los órganos que por gravedad no han caído en el fuenton y los mete en una bolsa negra que también manda al freezer.

Descuelga el torso y lo pone en la sierra sin fin donde lo corta en forma longitudinal para obtener dos partes del vegetariano. Unos cortes más con la sierra logran obtener unas tiras con hueso de las costillas.

Limpia el piso y las paredes azulejadas. Guarda los restos sobrantes y pone todo lo necesario en la bandeja. Sale del cuartito y le pone llave. Dobla en la L. Se acerca a la parrilla y pone el hígado, los riñones y las tira de asado de muchacho con hueso a un costado de lo que ya había.

Por la ventana, Reina ve solo al padre y sale al patio. Le pregunta por su galán y su padre, mientras separa las brazas de forma que tenga pocas lo que casi está listo para mantenerlo caliente y más la nueva carne que tiene que cocinar, le contesta que se tuvo que ir.

—¿Cómo que se fue? ¿Que le dijiste?

—Nada, nena. Mira, le pregunté por tu relación con él y me dijo que estaba «probando». Le dije que si no iba a hacer las cosas en serio que te lo dijera. Se dio media vuelta y salió por la puerta del fondo. No era para vos nena.

Compungida, pero sabiendo que podía pasar, no se preocupa. Lo llamará más tarde para pedirle perdón en nombre de su padre. Un rato después, el asado está listo.

Los Reyes se sientan y saborean las delicias que el padre lleva, una a una, a la mesa. No distinguen todos los cortes,

pero nadie se alarma. Doménico suele innovar en la parrilla.

Él mismo se asombra del buen sabor que tiene la carne alimentada con dieta ovolactovegetariana.

El hombre que soñó con su gato

Un hombre terminó de cenar, lavó los platos y sacó su gato al patio, para luego irse a dormir.

Mientras dormía, soñó que su gato lloraba en su puerta, se levantó y lo dejó entrar, para luego volver a dormir.

Mientras soñaba que dormía, soñó que su gato lloraba en su puerta, se levantó y lo dejó entrar, para luego volver a dormir.

Mientras soñaba que soñaba que dormía, soñó que su gato lloraba en su puerta, se levantó y lo dejó entrar, para luego volver a dormir.

Mientras soñaba que soñaba que soñaba que dormía, soñó que su gato lloraba en su puerta, se levantó y lo dejó entrar, para luego volver a dormir.

La secuencia se repitió cien veces durante la noche.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, casi se desmaya cuando vio lo que había en la cocina.

Naranjas para don Bordesio

En invierno, después de juntar naranjas del patio, Doña Magdalena envía a su hija Florencia con una bolsa repleta de esos tesoros dulces para su vecino de enfrente, don Bordesio.

En julio cumple 14 años. Florencia, con sus trenzas, cruza la calle. El sol de un día cálido de invierno le da de lleno en el par de piernas blancas que deja ver su jardinero rojo y las calienta.

¿Cómo vas a salir con los pelos así?, le dijo la mamá y la sentó frente al espejo, peinó su cabello rubio y le hizo dos trenzas, una a cada costado.

Florencia entra por la puerta de atrás, sin tocar timbre. La mosquitera rechina y, dando un golpe tras de ella, rebota un poco para terminar cerrándose. En la cocina de don Bordesio un ventilador de techo gira en cámara lenta y una brisa casi imperceptible pero reconfortante se le cuela por el cuello de la remera. En la habitación, a bajo volumen pero imposible de no notar, suena un viejo disco de Jazz. Algo de Miles Davis. La niña, o ex niña, la muchachita, lo conoce de memoria.

El hombre cano, de tez oscura y tantos lunares como un cielo estrellado, está sentado en su sillón, luciendo sus anteojos oscuros. Los de siempre.

Cuando ella le dice que le trajo el regalo de su madre, son-

ríe y la llama. Con manos ásperas pero movimientos suaves le acaricia el rostro para reconocerla. No hace falta. Reconoce su aroma, su fragancia, antes de que ella hable. Antes de que siquiera abra la puerta. Aunque esté mezclada con la de las flores de azahar.

El viejo sonríe. Las paredes de la casa están descascaradas, pintadas de un amarillo viejo, que deja ver el color anterior bajo sus cicatrices. De una de las paredes cuelga una foto blanco y negro. En la foto se ve a un hombre joven montado a caballo, sonriente.

La joven, que aprendió el ritual de niña y no lo cuestiona, sabe perfectamente lo que ocurrirá. Ella le sacará los anteojos para descubrir un par de ojos blancos y muertos que él rápidamente cerrará y ella besará. Él le desabotonará el jardinero rojo, que caerá pesado junto a los pies de medias con puntilla y zapatitos de charol. Un dedo firme dibujará placeres en el algodón que solo toca la madre de Florencia cuando lava su ropa interior.

Hoy podés bajarme la bombacha.

Don Bordesio lo hace con manos nerviosas hasta llegar al jardinero rojo. Florencia levanta un pie y luego el otro. Da un paso al frente y se sienta en la rodilla del hombre. Una pierna de cada lado. Esas piernas que unos minutos antes el sol calentaba, ahora tienen temperatura propia.

Haceme caballito.

Don Bordesio empieza a mover la pierna hacia arriba y hacia abajo, rápido, haciendo toda la fuerza con su pie, como cuando de más chica la hacía jugar.

Tímidos sonidos salen de la boca de la niña, o ex niña, la

muchachita, la casi mujer, que siente el par de manos deslizarse por su espalda, bajo la remera, subiendo hasta la hebilla que se desprende y libera aún más su cuerpo.

Los sonidos ya no son tan tímidos y don Bordesio hace los coros de aquel canto. Sin dejar de hacerle caballito.

En invierno, después de juntar naranjas del patio, Doña Magdalena envía a su hija Florencia con una bolsa repleta de esos tesoros dulces para su vecino de enfrente, don Bordesio. En otoño le manda pan casero o buñuelos. Naranjas, pan casero, buñuelos, chocolates, una torta, perejil, tomates, hojas de aloe, pantallas de lo que en verdad le está enviando.

Banco

Estimado cliente, hoy a las once horas realizaremos un simulacro de robo.

Releí el cartel y luego miré mi reloj. Cinco para las once. No lo tenía planeado pero decidí aprovechar la ocasión. Saqué el arma y disparé al techo. Todo el mundo al suelo, esto es un asalto.

Jazmín y vainilla

Un perfume dulce me embriaga y por más que suena el despertador, lejano, el aroma me aplasta contra la cama impidiendo que me levante.

Regreso al sueño. A ese mundo donde puedo volar, amar y matar. Volar sin alas. Amar sin vergüenza. Y matar sin leyes.

En el sueño enciendo el televisor. En la pantalla me veo preparándome para acostarme. Cierro la llave del gas. Conecto la alarma. Apago las luces. Acaricié al gato.

Estoy muy cansado porque hice horas extra en la fábrica.

Me tapo con las sábanas y lo noto. Un olor putrefacto llega desde el baño. Mañana sí voy a destapar el inodoro.

Mientras tanto estiro el brazo y abrió el cajoncito de la mesita de luz. Saco un sahumerio y con fósforos de una caja chica lo enciendo. Jazmín y vainilla.

Entonces sí, por fin, me abandono al sueño.

Sigo mirando la pantalla del televisor. Pasan dos horas, tal vez cuatro, tal vez más. El gato se acerca a la cama y maulla. Quiere comida. Estoy tan dormido que sus maullidos no alcanzan a despertarme. Insiste con más fuerza, pero el agudo de sus cuerdas vocales no logra atravesar los muros en los que el cansancio físico me ha encerrado.

Entonces veo en la pantalla que el gato salta sobre la cama

y de ahí a la mesita de luz, tumbando el platito con el sahumerio sobre la almohada. Ese que era un punto rojo en la noche de mi habitación se reaviva en contacto con el vellón y la tela.

Un perfume dulce, jazmín y vainilla, me embriaga y por más que suena el despertador, lejano, el aroma me aplasta contra la cama impidiendo que me levante.

El primer romántico

En una aldea al lado de un río, hace cientos de miles de años, vivía Urgh. Le habían puesto ese nombre porque ese había sido el ruido que hizo su madre cuando Urgh salió de entre sus piernas. El idioma era sencillo por esos días. Por ejemplo, «dolor» se decía «arrgh» porque ese era el quejido que alguien había hecho cuando se le cayó una piedra en el pie.

Así como el idioma era sencillo, las relaciones entre humanos también lo eran. De chico Urgh había visto cómo trataba su papá a su mamá y en la adolescencia intentó hacer lo mismo. A pesar del hecho de que sus compañeros lo practicaban regularmente y comentaban las satisfacciones obtenidas, a Urgh le hacía un poco de ruido eso de elegir una hembra del montón, pegarle un garrotazo en la cabeza, arrastrarla de los pelos hasta el interior de su cueva y en la oscuridad poseerla.

Lo había intentado un par de veces, pero el resultado nunca había sido como lo esperaba. Una vez golpeó muy despacio y la hembra se despertó mientras era arrastrada, lo mordió y huyó corriendo. Otra vez golpeó muy duro y la hembra no se despertó más. Tenía que haber una técnica mejor.

Urgh estaba cavilando estas ideas, sentado, con un pie en el río, cuando Eigh se le acercó y empezó a beber agua. La

miró un buen rato hasta que se animó a hacer la pregunta que tenía en su cabeza desde hacía tiempo.

—Eigh, ¿a ustedes les gusta que les peguemos en la cabeza?

Eigh lo miró atónita, como si hubiese dicho una blasfemia, pero luego se inclinó para un costado, como si estuviera pensando y le contestó.

—No, la verdad que no. Por lo menos a mí no. Creo que a mi mamá y a mis hermanas tampoco.

—¿Y qué te gusta, Eigh?

—No se... las flores. Las de color lila.

Urgh se fue corriendo y en menos de un minuto regresó con un racimo de flores lilas mezcladas con un poco de pasto y tierra que había arrancado. Le extendió el brazo a Eigh y se las dio.

—Tomá, para vos.

Eigh desconfió un poco, pero luego las tomó. Se las acercó a la nariz y las olfateó. Se sonrió y un color rojo le brotó de las pálidas mejillas. Miró a Urgh y volvió a sonreír. En ese momento Eigh sintió un incontenible deseo de saltar encima de Urgh. Pero no lo hizo.

—Bastante bien —le contestó—. Los hombres tienen que ser así, dulces.

—¿Dulces?, ¿como las naranjas? —preguntó Urgh y se chupó el antebrazo para investigar a qué sabía.

—No, no dulces así. Suaves.

—¿Como los conejos?

—¡No, Urgh! Suaves, así —Y acarició la mejilla peluda de su compañero con el dorso de su mano.

Urgh se puso muy nervioso e instintivamente tanteó el suelo en busca de su garrote.

Eigh se dio cuenta de estos movimientos e instintivamente le tomó la mano y se la apoyó en su pecho. Los dos cavernícolas se miraron y se sonrieron. Luego se fundieron y fue la primera vez que Urgh poseyó a una hembra. Eigh por su parte, había disfrutado de esa miel de la que solo había probado unas gotas cuando se despertaba de los garrotazos. Esa noche se fueron a vivir a la misma cueva. Urgh se había convertido en el primer romántico.

Al otro día, Urgh, fascinado con su descubrimiento, no veía la hora de seguir experimentando. Inventó nuevos regalos y conquistó a muchas jovencitas del valle. Collares de diente de sable, bocadillos de mamut y perfumes de distintas flores que no servían para comer. Su índice de conquistas era tan superior al de sus amigos garroteros que pronto todos empezaron a pedirle consejos. Ese día incluso se fueron a una aldea vecina a probar sus técnicas. Urgh pasó de ser el primer romántico a ser el primer casanova.

Volvió a su cueva muy entrada la noche, cansado y extasiado. Eigh lo esperaba en la puerta con el garrote que él había dejado.

Barba

El 19 de diciembre de 1994, antes de acostarme, me miré en el espejo del baño. En el reflejo, un hombre con una barba frondosa, arbórea, selvática, me miraba. Los pelos se extendían en infinitas ramificaciones oscuras que me cubrían todo el rostro, dejando, apenas, ver los ojos. Ojos pardos y barba negra con algún destello rojizo. Me lavé los dientes y me acosté.

Cuando me desperté al otro día y fui al baño a lavarme la cara, un rostro rasurado, lustroso, brillante, me encandilaba desde el reflejo. Ya no había ni barba negra, ni destello rojizo. Sin embargo, el recuerdo del día anterior, con el rostro lobuno, estaba muy vivo en mi memoria. ¿Lo habría soñado? ¿Me habría despertado sonámbulo a rasurarme? Si hubiese sido al revés, podría concluir que estuve dormido varios meses, pero no fue así. ¿O sí? Estas y otras cosas me pregunté esa mañana. Recuerdo bien la fecha porque ese día cumplí 10 años.

Joel

El primer recuerdo que tengo de Joel es en el club San Martín. Blanco y pecoso. Muy pecoso. Tiene una remera rayada y pantalones cortos por los que deslizan sus piernas flaquitas. También blancas, pero no pecosas. Lo tengo agarrado de la remera rayada y con la otra mano sostengo un palito que en la punta tiene caca.

Yo por mi parte tengo caca en mi remera blanca. No lo recuerdo claramente, pero supongo que Joel me debe haber manchado. No recuerdo claramente ese punto, pero si recuerdo un sentimiento de ojo por ojo.

Joel me dice que si lo mancho me pega una piña.

Alrededor, una veintena de chicos de nuestra edad. No me acuerdo si es un cumpleaños o una clase de gimnasia. Debe ser un cumpleaños, porque tenemos edad de primaria y recién en la secundaria empezamos a tener clases de gimnasia en los clubes del pueblo.

El club San Martín es un predio enorme con distintos sectores bien diferenciados, el edificio, la cancha de básquet, la pileta, la cancha de fútbol y el parque. Nosotros estamos en el parque, entre el quinchito y la cancha de volley playero.

Me manchas y te pego una piña.

Alrededor, la veintena de chicos alienta a que concrete el

acto y, como tocándolo con una varita mágica, acerco lentamente el palito con caca hasta que hace contacto con su remera a rayas.

Pum. Me sienta de una piña y los ojos se me humedecen enseguida. Me quiero largar a llorar pero me aguanto como puedo. Los otros chicos lo empiezan a empujar a Joel, le gritan cosas, lo insultan, le dicen testigo de Jehová, confundiendo su religión, porque Joel es evangelista.

Lo siguiente que recuerdo es llegar a mi casa llorando y abrazar a mi mamá.

¿Qué comemos hoy?

—Papá, ¿qué comemos hoy?

La voz de su hija le llegó desde lejos mientras abría los ojos al despertar ese mediodía. Como tratando de entender dónde estaba, movió la cabeza para un lado y para el otro. Cuando se levantó, pateó unas botellas vacías de la noche anterior. Había vuelto a emborracharse. Se había jurado no volver a hacerlo, pero era la única forma que tenía de olvidar, al menos por un rato, el infierno en el que vivía. La casa destruida, los hijos sin madre, su inmensa soledad, el trabajo que nunca iba a conseguir. Respiró profundo y se puso de pie. Y cuando inhaló, se percató de su presencia. «Maldito perro y maldito sea su rancio olor». Ese olor que inundaba toda la casa. Y encima el perro se puso a aullar. Y ese ruido le molestó, casi tanto como le molestó el olor. Necesitaba explotar, de alguna forma. Iba a intentar que las esquirlas sean pequeñas (esta vez). Y entonces su hija volvió a preguntar con una voz hilachada:

—Papá, ¿qué comemos hoy?

«Maldición». Se volvió nuevamente al perro que, desde un rincón, lo miraba con ojos tristes, ahora callado, como si en ese instante hubiese entendido que su destino estaba sellado.

—Carne, nena. Hoy comemos carne.

Bermellón

Entorné los ojos para enfocar y entender lo que estaba viendo. Dos puntos luminosos, uno arriba del otro. Luego el campo de visión se amplió y aparecieron unos números en el panorama. El reloj digital indicaba las dos y diez. Al costado, sobre la misma repisa, mis herramientas. Pinceles, lápices y la cuchilla con la que saco punta a esos lápices. Me desvestí de las sábanas usando las piernas y con un movimiento que a mi edad podría calificarse de ágil, dos segundos después, tenía los pies enfundados en las pantuflas de paño. Arrastré las suelas de goma por el atelier, tomé un pincel con la mano derecha y continué donde había dejado al caer rendido ante el ataque sorpresivo del sueño.

Mientras trabajo no puedo dejar de pensar en María. Ella duerme en la habitación, silenciosa. El camastro en el taller me permite trabajar durante la noche, tomando pequeñas siestas de media hora sin molestar a mi esposa. Cuando los primeros rayos de luz entran por la ventana, dejo todo y voy a dormir a su lado. Cuando me despierto al mediodía, ella ya está terminando alguna clase. Almorzamos juntos y vuelvo a trabajar.

Estoy convirtiendo una de las paredes del taller en un nuevo mural. Me gustan los murales. Huelen a inmensidad, a sin

frontera. Para completar un mural uno tiene que dedicarle semanas, en oposición a un cuadro chico, tal vez una naturaleza muerta, que se puede completar en a lo sumo dos días. Gracias a esta cantidad de tiempo requerida por la obra es que se logra desarrollar una onda sensación de pertenencia. En ambos sentidos. En el más clásico, la obra te pertenece, puesto que la creaste. Pero en uno más metafísico, es la obra la que te empieza a poseer. Te pide más, dicta su desarrollo, expande sus límites.

El mural en el que estoy trabajando ahora se llama Revuelta o tal vez termine llamándose distinto. Muchas personas se han juntado en una plaza a manifestarse. Llevan carteles y pancartas. Insignias y lemas. Rostros y banderas. Yo mismo me veo en la revuelta. Soy uno más y a la vez soy todos. Pinto horas enteras sin descansar. El olor a pintura fresca me llena y me vacía. Inflo mis pulmones y soy irrigado. A mi alrededor, el taller. Trapos sucios, latas, botellas. Olor a aguarrás y resinas. Pinceles y paños. Luces y sombras. Colores y engaños. La fuerza creadora me eleva. Y para materializar la metáfora me subo a un andamio y pinto la parte superior del mural. Puntas de lanzas que rasguñan el cielo. Gritos y plegarias que ascienden. Y ahí, desde arriba, escucho al gato de la vecina en la ventana. Maulla y araña el vidrio como queriendo entrar. No, ahora no puedo. No molestes, estoy trabajando. Pinto, delineo, coloreo. Ropa sucia, pinturas y otras obras. Todo, escenario de la actual concreción. El gato sigue maullando y me interrumpe. No ahora, no. No te puedo dar de comer. Sigo pintando. Amarillos, bermellón. Negros, grises y marrones. Hay fuego. Multitudes. El pueblo grita, se exalta, canta. Y yo soy su voz.

Tengo que pintar para que puedan gritar, exaltarse, cantar. Si no pinto no existen. El gato sigue molestando, ahora con más insistencia. Mezclo lo que queda de naranja con bermellón sobre la tapa de una lata. Cargo el pincel y sigo. No puedo detenerme. Ahora son estallidos. Columnas de fuego y humo circundan la escena. La parte derecha del mural explota en una batalla campal entre el orden y los que se manifiestan. Yo soy su arsenal, el que le carga las armas, el que fabrica sus balas. Sin mí no tienen con qué disparar y la batalla está perdida. Siguen los estallidos y las explosiones. Amarillo, naranja, bermellón. Sigo pintando. Y el gato de la vecina golpea el cristal con sus uñas. Y aprieto el pomo de bermellón y ya no queda. Lo exprimo, lo estrujo, lo estrangulo. No salen más que las últimas gotas. Pero el mural no está terminado. Me pide más, me interpela, me exige. El pueblo me grita, me necesita. Están perdiendo la batalla. El fuego también me reclama. Y el gato vuelve a maullar. Y por primera vez lo miro. Lo miro a los ojos. Desde el andamio. Dos, tres metros elevado sobre el atelier. María duerme. Estiro el brazo y muevo el barral que abre la ventana. Y el gato entra. Corre. Entra corriendo y se para junto al platito que le hace a veces de comedor. Me bajo fatigado. Malhumorado. Quería seguir pintando, no ser interrumpido. El gato me mira, confiando que como siempre voy a abrir la bolsa de alimento balanceado. Sirvo una porción en el platito y lo dejo comer un rato. La cuchilla está al alcance de la mano y con un movimiento que a mi edad podría calificarse de ágil, dos segundos después, le separo la cabeza del cuerpo. Dejo la cabeza comiendo del platito y me llevo el resto arrastrado por la cola, chorreando gotas bermellón.

La caja

La historia transcurrió en Suecia, en la ciudad de Gotemburgo. Era domingo y agujas de agua caían infinitas sobre la metrópolis. Empezaba a descubrir que la lluvia era una constante en aquella ciudad.

Estaba encerrado en lo que por esos días me servía de morada, un caserón de madera pintada de un color entre gris y celeste, ubicado en un barrio impronunciable sobre una calle de similar dicción. Yo hojeaba a desgano una edición completa y ampliada de *La guía del autoestopista galáctico* que había conseguido por unas pocas coronas en una librería de libros usados en el centro. Sí, en Suecia también hay librerías de libros usados. ¿Quién lo diría?

Finalmente, me decidí a salir. El sistema de transporte público en esa ciudad es genial. A diez metros de la puerta de calle me tomé un *bus* al centro. Con el mismo boleto, en el centro, me tomé un tranvía hasta el puerto. Y en el puerto, todavía sin volver a pagar, me tomé un ferry que recorría las islas del archipiélago.

Me bajé en la última de las islas. Algunas personas bajaban sus bicicletas. Caminé por un sendero que se internaba en un bosque en el corazón del islote. La calzada estaba cada vez más desdibujada y los árboles a sus costados insistentemente

frondosos. Las sombras entraban en la luz y, en cierto momento, me encontré con una oscuridad total. Apreté las tiras de mi mochila con las manos para darme seguridad y seguí caminando. No podía sacarme la sensación de que alguien me observaba. De repente, el camino se abrió en un claro de luz. Cuando estuve a campo abierto, no supe muy bien dónde me encontraba, no veía el puerto y unas nubes de plomo se apoderaban del cielo.

Un lugareño apareció detrás mío en el mismo sendero. Me dijo unas palabras en sueco y, ante mi perplejidad, intentó en inglés. El hombre vivía en la isla desde hacía 40 años aunque, una vez a la semana, iba a trabajar a la ciudad. Consultor de algún tipo, creo recordar que le entendí. Me invitó a tomar café en su cabaña. Miré las nubes en el cielo, se dibujaban amenazantes. Miré la hora en mi reloj; el último ferry de regreso pasaba en dos horas. Cierta mancha de la niñez que versaba sobre desconocidos atravesó el tiempo como una flecha y me resonó en los oídos. Me encogí de hombros y acepté la invitación.

La cabaña estaba hecha de troncos de pino y, aunque acogedora a la vista, dudaba qué tan efectiva sería para resistir a los crudos inviernos que azotaban a esa zona, tan cercana al círculo polar.

George, que así era como se llamaba el hombre, encendió la hornalla de una cocina con un fósforo y lo sopló con pesadez antes de tirarlo a la basura. Unos minutos más tarde estaba tomando el mejor café que tomé en mi vida. Llevábamos charlando varios minutos sobre el acontecimiento del mes preferido de todos los habitantes de aquel país, la boda

real, cuando a mi interlocutor, a quién se lo notaba contentísimo de poder practicar su inglés, se le ocurrió mostrarme algo. Lo entendí más por el dedo índice que levantó a la vez que abría exageradamente la boca que por sus esfuerzos en la lengua de Shakespeare. Menos de una centena de segundos más tarde, estaba de vuelta con una cajita metálica.

Depositó el artilugio frente a mí, sobre la mesita ratona que nos acompañaba. George me miraba divertido. Pude observar distintos glifos que la atravesaban. Los reconocí como pertenecientes al alfabeto rúnico, sin poder descifrar una sola palabra. «¿Qué es?», pregunté.

El hombre se puso de pie y recitó una poesía en el idioma de sus antepasados. Le pedí que me la traduzca y, haciendo un gran esfuerzo, me contó una historia sobre dioses y vikingos, objetos mágicos y barcos que volaban, una doncella y una competencia por su amor.

Según George, Loki, el más astuto de los dioses, había puesto sus ojos sobre una muchacha que estaba a punto de casarse con uno de los más bravos vikingos de cierto poblado. La deidad se le aparecía tomando distintas formas y le hacía maravillosos regalos a fin de caerle en gracia. Cuando su prometido se enteró de esto, entró en cólera y exigió la presencia de Loki, el dios de las travesuras. Éste se presentó ante él y le ofreció una forma de dirimir quién se quedaría con el corazón de la señorita; una carrera en barco hasta cierta isla: el primero en alcanzar la costa sería el vencedor. El vikingo aceptó sin vacilar y al día siguiente se llevó a cabo la competencia.

Loki, que también era conocido como el viajero del cielo, se presentó con un barco que en lugar de navegar por el mar,

surcaba el aire. La disputa dio comienzo tras el sonido de un gran cuerno soplado por la propia muchacha. El vikingo empezó a remar con todas sus fuerzas, transpirando y jadeando, mientras que Loki iba muy tranquilo en su embarcación mágica, esperándolo cada vez que le sacaba un buen trecho para poder propinarle una burlona carcajada. La pugna estaba por llegar al final y se veía que el vikingo no podría llegar antes que Loki. Fue entonces que tomó su hacha, se cortó una mano y, con todas las fuerzas que le quedaban, la arrojó hasta la orilla.

Loki, que nunca aceptaba una derrota, enfurecido, mató a la doncella y puso la mano en un cofre de metal. Se lo entregó al vikingo y lo condenó a vivir por siempre.

Miré mi reloj. El último ferry salía en cinco minutos. Me incorporé abruptamente. George me acompañó a la puerta y le extendí la mano para saludarlo y agradecerle la historia. Recién en ese momento lo noté. El frío de esa prótesis ortopédica me heló la sangre.

Santa Furia

—Simón... fíjate si todavía no pasaron y sacá la basura.

Miro el reloj y son las once de la noche. Una noche fresca de verano. Fresca como pocas en este enero caliente, húmedo y pegajoso. Me asomo por la ventana y veo que en la casa de enfrente está colgada la bolsa de basura. Todavía no pasó el camión recolector. Abro la puertita de abajo de la mesada y el olor a podrido me nubla la razón. Se ve que mi hermano no la sacó ayer (tenemos los días de la semana divididos). Hago un nudo y saco la bolsa del tachito. Cada vez que tengo que sacar la basura a esta hora de la noche tengo el mismo pensamiento: hoy me afanan. Mi calle es tranquila pero desolada. A esta hora no hay un alma. Si un ladrón quisiera, luego de que yo atravesara la cochera y esté parado en la calle, haciendo puntitas de pie para colgar la bolsa en el más bajo de los fierros del poste de teléfonos, me podría sorprender por la espalda, apuntarme con un arma, o pegarme, y entrar a robar. O peor, podría sorprenderme saltando desde el techo, caer arriba mío, dejarme inconsciente, y meterse en la casa. Ese pensamiento me increpa, me asalta, me desvalija, se me mete en el cráneo como una bala cada martes y jueves que me toca sacar la basura.

Así que abro la puerta de la calle y dejo la bolsa en su

lugar lo más rápido que puedo. Cuando estoy volviendo a la casa se me acelera el corazón y no se calma hasta que vuelvo a estar del lado de adentro, con la llave girada.

—Ya está, pa.

Subo al segundo piso, donde está la computadora, y leo algunas noticias. Un joven de 22 años fue asesinado a balazos cuando caminaba por el barrio Barranquitas, informaron hoy fuentes policiales. La asociación civil Amigos de los Animales realizó una protesta en la puerta de la casa de un famoso artista plástico quien habría matado al gato de una vecina. Personal policial trata de establecer las circunstancias de un grave hecho de sangre acontecido esta madrugada en Villa Hipódromo. Una estudiante encontró a un ladrón bajo su cama y lo echó a raquetazos en el barrio de Guadalupe; el ladrón fue trasladado al Hospital Cullen. Anoche, minutos después de las 23, se produjo un choque protagonizado por una motocicleta y un colectivo de la línea 11. Un anciano está internado tras recibir una golpiza por parte de un vecino que lo acusa de haber corrompido a una menor del barrio. Excarnicero detenido debido a la desaparición del novio de su hija. Un tenebroso sujeto escapó ayer de la seccional primera de policía, lugar donde se encontraba detenido tras protagonizar un asalto callejero. Treinta minutos de extrema tensión vivieron dos abuelos que fueron asaltados anoche en su propio domicilio.

«Mejor dejo de leer el diario por un mes», pienso. Y salgo al balconcito que da al patio a respirar aire puro.

Desde allí, a pesar de que la altura es poca, puedo ver gran parte de la ciudad. Me gusta mirar los techos. Ver como recorran la noche con sus antenas y con sus ángulos rectos. Tam-

bién veo revolotear algunos murciélagos. Hacia el oeste, a dos cuadras de casa, se ve el esqueleto de una obra en construcción. Un edificio de unos veinte pisos para viviendas y oficinas. En el diario de ayer leí que uno de los obreros se cayó desde el piso siete. Me dijeron que como era boliviano nadie reclamó y arreglaron a la viuda con dos mil pesos.

Me pregunto si esos dos mil pesos le habrán alcanzado a la mujer para volver a su ciudad natal o si se habrá quedado acá (¿cuánto cuesta un pasaje a La Paz?).

Me saca de mis pensamientos un ruido que me llama desde abajo. Miro y sentado en el tapial, como cruzando de nuestro patio al del vecino, hay un pibe que me mira. Un pibe que me mira en la noche. Con gorrita roja. La visera no me deja verle los ojos pero igual los siento. Viste un pantalón y una campera de gimnasia que le quedan grandes y un par de zapatillas Nike. Me quedo congelado. Duro. Soy una piedra. Uso todas mis fuerzas para ordenarle a mi brazo que se mueva. El brazo derecho se separa del resto de mi cuerpo inerte y lo extiendo mostrándole la palma de la mano al visitante nocturno. Un intento por hacer un gesto universal de «todo bien». «Todo bien», «no pasa nada», «yo me voy para adentro, vos seguí con la tuya». «Andá tranquilo que no voy a llamar a la policía ni a nadie porque soy de los que mira para otro lado». «¿Listo? Chau, gracias». Todo eso intento decirle y, con el brazo extendido y la palma abierta, doy los dos pasos que me vuelven a meter en la casa y con fuerza cierro la ventana.

—¡Viejo!, ¡llamá a la policía que hay un choro en el patio!

Mi viejo llama y lo atienden en la seccional del barrio. Dicen que en cinco minutos va a venir un patrullero. Con mis

hermanos nos quedamos espionando por la ventana y vemos al pibe saltar al patio del vecino.

Los cinco minutos parecen treinta. Toca timbre. Dos ropers azules con ithacas al hombro atraviesan la casa corriendo y salen al patio. Les decimos para dónde saltó y uno de los dos le sigue la estela. Lo vemos saltar por los techos de las casas contiguas con mucha agilidad. Tanta, que con uno de mis hermanos no podemos dejar de mirarnos en forma cómplice y pensar que, tal vez, algunos años antes, ese hombre era el que escapaba.

De repente, se frena en seco y empieza a apuntar con su arma a distintos lugares, como lo haría un cazador que espera dar con su presa. Lo escuchamos gritar.

—¡Salí hijodeputa o te quemó la cabeza! ¡Sali!

No vemos nada, pero el policía tiene la seguridad de que el ladrón está en el mismo techo que él. Y no se equivoca.

—Bueno, bueno, pero no me tires, por favor.

La voz es aguda. Muy aguda. Y vemos una sombra que sale con los brazos a medio alzar, cubriéndose la cabeza.

El policía deja de apuntar y con la culata del arma le da un golpe al que se estaba entregando. Cae pesado como una bolsa de basura. El uniformado se acerca y le patea las costillas. No alcanzamos a verlo pero lo escuchamos. Escuchamos como la puntera de acero de los borcegos del uniforme reglamentario se abren lugar, golpe a golpe, entre las carnes del muchacho. Entre sus costillas. Escuchamos los gritos de dolor.

Luego, el policía lo levanta y empiezan a bajar por los techos, deshaciendo el camino que uno hacía mientras escapaba y el otro hacía mientras cazaba. No puede esposarlo porque

necesita que use sus manos para bajar.

—Te llegás a intentar escapar y te quemo la cabeza hijoderemilputa, ¿me entendiste?!

— Sí, sí...

En cada descanso, el policía renueva la tunda de golpe. Ahora el pibe llora.

—Por favor, no me pegues más.

La última palabra se estira en un llanto interminable, inagotable.

Cuando por fin llegan a nuestro patio, el segundo policía se acerca y lo revisa. Como ve que todavía puede aguantar un poco más, por bienvenida le asesta otros puntapiés.

—¿Qué es eso de andar metiéndose en casa ajena? ¡¿Eh?!

Lo patear. Patear sin piedad. Patear con fuerza. Y en sus patadas aprovecha para descargar la bronca contra sus jefes y la bronca por la miseria que cobra a fin de mes. Miseria que lo lleva a hacer adicionales hasta tarde, en la puerta de un boliche. Y llegar a la casa aún más tarde. Y que su mujer se enoje. Como anoche, que no quiso acostarse con él. Patear. Patear sin piedad. Patear con fuerza. Mientras lo hace, apaga la radio desde la que le piden novedades.

Ya no aguanto la mirada, pero no puedo evitar seguir escuchando. Al ruido de los golpes se le suma de fondo el jaleo. Jadea porque le falta la respiración. En las bocanadas entrecortadas de aire, que intenta llevarse para adentro, se escucha también la sangre, los mocos, la tierra, que también entran.

Los sonidos me penetran a pesar de que intento bloquearlos. Lo hacen de tal forma que empiezo a sentir el dolor, las patadas. Los pulmones corroídos. Huesos astillados. La nariz

rota.

Tengo los ojos cerrados. Cerrados con fuerza. Y aguanto. Aguanto los golpes porque es lo único que sé hacer. Cierro los ojos con fuerza en intento volver a la vida que me fabriqué en mi cabeza para soportar el dolor. Una en la que no trabajo en el edificio en construcción. Una en la que no salto techos para completar lo que la paga no llena. Me imagino que tengo una casa de dos pisos y hermanos y que la furia de la ciudad solamente me alcanza en las noticias que leo. Entonces dejo de escuchar los golpes y, aunque no quiero, vuelvo. Tirado en el suelo, abro los ojos y veo las botas del policía.

Cocción de un huevo

Escapé una noche bajo el manto sepulcral que forman las nubes antes de que una tormenta se desate. Descalzo, corrí kilómetros hasta que llegué a una casa de campo. A unos metros, pude encontrar un gallinero. Abrí la puerta y me metí. Las gallinas gritaron, pero nadie las escuchó. Pude hacerme con un puñado de huevos colorados que aún no habían sido recogidos. Me senté detrás del gallinero apoyando la espalda contra una pared vieja y sucia, llena de telas de arañas. Tenía los pies cortados y ardidos. Escarbé en el bolsillo en busca del encendedor; al fin de cuentas, ya no tenía cigarrillos. Tomé un huevo por la parte superior, con las yemas de los dedos de mi mano izquierda y con la mano derecha accioné el mecanismo que generó el fuego. Lo sostuve así varios minutos, hasta que se puso negro y el calor cortante me alcanzó. Lo solté para volver a sostenerlo del otro lado. Uno se acostumbra al dolor que produce el calor, si se da de a poco. Para cuando me pareció que el huevo estaba cocido, tenía todos los dedos llenos de ampollas y casi no podía sostenerlo. Tuve que romperlo con un pie y comérmelo sólo usando la boca, como los animales.

El siguiente huevo me lo comí crudo.

La convención

El 22 de agosto de 2012 se llevó a cabo en la ciudad de Santa Fe una reunión muy particular. Esta tuvo lugar en el salón de convenciones del hotel Los Silos, ubicado en el puerto de la ciudad, junto al casino.

Si se lo miraba desde lo pisos superiores, el lugar era un campo de frutillas. Las caperuzas cubriendo las cabezas de todas las invitadas casi no dejaba ver el gris del mármol que pisaban.

Había caperucitas de alma y caperucitas de profesión. Había caperucitas quinceañeras y caperucitas que ya eran abuelas. Estaba, por ejemplo, la reconocida actriz Lucía Vertucci, protagonista del éxito Caperucita y el motochorro. E incluso estaba Caperucita Rosa, cuyo nombre de bautismo era Carlos.

En total eran más de doscientos personificaciones del legendario personaje de rizos dorados y sonrisa inocente.

El objetivo de la convención era dividirse las rutas para ir a visitar a las correspondientes abuelitas, ya que en una ciudad tan chica, muchas se encontraban cuando tenían que perderse y eso no era ninguna gracia en los cuentos. No sabían quien era el organizador de semejante reunión, pero todas coincidían en que era una estupenda idea.

Cuando el maestro de ceremonia se disponía a hablar, la

música bajó, las luces se atenuaron y todos hicieron silencio. El orador se aclaró la garganta tosiendo y su tos retumbó en toda la sala. Se acomodó las gafas sobre las puntiagudas orejas y tomó entre sus manos cuatro o cinco hojas de papel. No había empezado la primer oración de su discurso cuando caperucita, una, notó que las puertas se habían cerrado y que de la espalda del maestro de ceremonia asomaba una horrible, enorme y peluda cola de lobo.

Se despertó

Se despertó en el medio de la noche abrazado a su esposa. Se puso las pantuflas y caminó hasta el baño. Cuando regresó, se vio durmiendo abrazado a su esposa. Por no despertarse, se fue a dormir al sofá.

Dos palabras

Esta mañana, al oído, me has dicho dos palabras comunes. Dos palabras cansadas de ser dichas, palabras que de viejas son nuevas. No escucho y me doy vuelta en la cama para poner de tu lado el oído bueno, o el menos malo. Tu voz es tan frágil como mi escucha y sigo sin entenderte. Estiro el brazo hasta el cajón de la mesita de luz, en busca de los audífonos. Me los coloco. Volvés a repetir el movimiento de labios, quieta, tendida, sin hacer señas. Me dijiste ayer que les cambie las pilas, debería haberlo hecho. Corro lo frazada y camino hasta el ropero en busca de las pilas de repuesto, las cambio y vuelvo a intentar escuchar. Los pájaros de la mañana no aparecen, las pilas están agotadas. Arrastrando las pantuflas camino hasta la cocina en busca del cargador de pilas que está enchufado, tras un manojo de cables, triples y adaptadores, junto a la cafetera. Espero pacientemente que la luz del cargador pase de rojo a amarillo. No necesito esperar al verde. Y emprendo el regreso. Cuando entro a la habitación, poniéndome los audífonos, no necesito terminar de hacerlo para saber lo que me decías.

La nenita

Nueve de la noche, verano. En algún barrio de la ciudad.
Probablemente no en el centro ni en la costanera, sino en un barrio barrio.

Una nenita de unos diez años avanza con una botella entre los brazos.

Unos metros atrás, el kiosco de turno.

La nenita camina, haciendo fuerza para que no se le caiga el encargo, más pesado que las muñecas con las que a veces juega.

La nenita atraviesa la cuadra, con el porrón de cerveza entre las manos, recado de su papá, que la espera para apagar en su garganta el calor de los edificios.

Vidas

En la cima de un cerro, Jacinto toca el bombo y canta una canción de lamento. La madera contra el cuero repiquetea y el canto es casi un quejido, un suplicio, cuyo eco rebota en la quebrada. Jacinto, casi en trance, toca y canta una canción sin saber que él mismo la compuso cien años atrás, cuando tenía otro nombre y otro cuerpo. Pero lo realmente asombroso es que el cuero de cerdo con el que está hecho el bombo que Jacinto toca fue su piel, en otra vida, en otro tiempo.

El departamento

Estoy nuevamente en el departamento. De vez en cuando vuelvo por la noche. Todavía tengo mis llaves y no cambiaron la cerradura. Abro sin hacer ruido, subo despacio las escaleras y prendo la luz de la cocina. La del living no, porque se ve desde afuera por la ventana. Enciendo una hornalla de la cocina y pongo a calentar agua. Mientras reviso los impuestos a pagar y alguna carta abierta, como algunas masitas del tarro o pan en rodajas. Si en el paquete quedan pocas rodajas, digamos menos de seis, no como. Se me hace que sería fácil que me descubran.

A la noche, el departamento está vacío porque la nueva inquilina va a la universidad. Estudia alguna ingeniería. Lo sé por sus apuntes. A veces los leo, pero me resultan bastante aburridos. Después de darme un rutinario paseo por el dormitorio, empiezo a limpiar los rastros de mi presencia. Lavo la taza en la que tomé café, limpio, guardo. Me causa gracia: en mi actual departamento no soy tan prolijo.

Entonces se me ocurre, ¿por qué no ir más lejos hoy? Vuelvo al dormitorio y me acuesto debajo de la cama. El cubrecama llega hasta el suelo y eso hace que mi escondite sea perfecto. Y me quedo ahí, esperando. Una hora. Dos.

Entonces escucho su llave en la cerradura, sus pasos en

la escalera, la tecla que enciende la luz. Enciende una hornalla, tal vez la misma que elegí yo hoy. Escucho que abre un paquete. Tal vez fideos o arroz. Presto atención a cada uno de los sonidos. No sé si pasó media hora o tres horas cuando escucho que cierra la canilla luego de lavar los platos.

La luz se enciende y vuelvo a verme las manos después de varias horas de oscuridad. Están transpiradas.

Libros marcados

La casa de la señora estaba llena de libros de su difunto marido con marcas de las tazas que les apoyaba encima. Para ella la literatura era menos importante que los muebles.